

*Fr. Olivier, o.s.b.
San Benito de En-Calcat
Dourgne, Francia.*

Un fenómeno de contestación que concierne al conjunto de la sociedad, repercute en la Iglesia con amplitud y fuerza. Las comunidades religiosas conocen también ese movimiento entre "antiguos" y "modernos": aunque la contestación nace principalmente de los que desean una renovación, estos a su vez son contestados por los conservadores. Los que ejercen la autoridad, sus métodos y sus decisiones son criticados, simultáneamente, por quienes les reprochan su timidez para abrirse a la renovación y para llevarla a cabo y por quienes los tienen por responsables del abandono de las estructuras religiosas tradicionales.

Las diversas formas de la contestación

Muchas insatisfacciones que se dejan sentir en la vida cotidiana provocan sentimientos de agresividad y de reivindicación: a menudo estos sentimientos apenas se expresan, no afloran más que bajo la forma de dardos sin filo, de alusiones veladas que desahogan sin ser percibidas por todos y sin comprometer. Esta forma insidiosa de contestación, la murmuración, no data de ahora: la Regla de San Benito cita doce veces esta palabra (o el verbo murmurar). Tal insistencia se explica: la murmuración manifiesta agresividad contra la autoridad, contra un estado de cosas que se juzga anormal y defectuoso, pero es una forma infantil de agresividad que no tiene el valor de expresarse abiertamente, que socava sin dar la ocasión de una explicación leal.

Se puede también criticar abiertamente la institución, el "sistema", a quienes lo representan y asumen su dirección; se critica lo que se hace y lo que no se hace.

Algunos practican con más o menos brillo, la política del hecho consumado: esto me molesta, lo elimino; o la de la dimisión, al retraerse no se solidarizan con las orientaciones elegidas o las decisiones tomadas. Es así como algunos prácticamente abandonan su compromiso en la aventura comunitaria. Otros se van.

Estos gestos tienen un peso desigual.

Si puede ocurrir que uno u otro se deje arrastrar sin suficiente reflexión por slogans, por movimientos de opinión, o que tome una decisión, movido más bien por problemas personales no resueltos que por la perspectiva del bien común, si una salida o un alejamiento pueden tener su causa principal en una situación personal de crisis o de búsqueda, algunos religiosos en cambio asumen de manera muy consciente los riesgos de una actitud de contestación. Se corre un riesgo al protestar verbalmente, pero el riesgo es mayor cuando se traduce en actos: riesgo de equivocarse, riesgo de aparecer tal cual se es en una situación en que van a manifestarse los límites y los defectos de quien toma posición; riesgo de suseitar la incompreensión y la crítica contra sí mismo. La ambigüedad de los gestos así como la diversidad de las actitudes que ellos revelan o recubren no hace fácil el discernimiento: ¿se trata de un gesto

* *De Présence d'En-Calcat* N° 48, 1975.

subversivo o de un carisma profético? ¿Hay que habérselas con un viento de destrucción o con una manifestación del Espíritu que renueva la faz de la tierra? No hay que argumentar basándose en la imperfección de ciertas formas de contestación, como tampoco en las deficiencias de los individuos, para negarse a escucharlos o para darles menos importancia.

En toda ocasión hay que aceptar el choque, a veces la humillación, el esfuerzo de discernimiento, la búsqueda en el diálogo, la perspectiva de renovación. *No extingáis el Espíritu; no despreciéis la profecía; examinadlo todo y quedaos con lo bueno. Absteneos de todo género de mal.* (1 Tes 5, 19-22).

Queda en pie que la contestación en una comunidad, si quiere ser cristiana, no puede dejarse guiar por la simple espontaneidad del instinto o del corazón, ni aún por las solas luces de la razón.

¿Cómo contestar?

¿Dónde encontrar una moral del cristiano comprometido en el cambio de la Iglesia y de sus estructuras, una línea de conducta para el religioso comprometido en el cambio de su comunidad y que la contesta en uno u otro sentido? Ni el Evangelio ni la doctrina de los apóstoles dan soluciones concretas inmediatas, pero indican las actitudes fundamentales válidas para todas las situaciones, exigencias que se imponen a todos aún en el seno de la contestación.

Una contestación en nombre de Jesucristo

"No hay más que un único Dios. . . para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos; y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por el cual somos nosotros". (1 Cor 8, 4, 6). Sólo Dios es absoluto. No lo son las ideologías ni las teorías humanas; las ideas que yo me formo de la situación, ni los planes de reforma que elaboro: estos son ídolos, "pretendidos dioses". Nada cuenta o nada debería contar, en comparación con *la ganancia sobreeminente que es el conocimiento de Cristo Jesús* (Filp 3, 8) por quien uno puede aceptar perderlo todo y en nombre de quien debería ser pronunciada toda palabra (Col 3, 18).

La verdad que hay que hacer triunfar es Jesucristo. "Cuando los cristianos contestan la Iglesia, deben hacerlo siempre en nombre de Jesucristo vivo, y vivo en su Iglesia. Somos testigos de Alguien, contestamos en nombre de Alguien que sigue siendo el incontestable".¹

De hecho, todo contestario en la Iglesia quiere hablar en nombre del Evangelio, su palabra se presenta como fidelidad a Jesucristo que, en nombre del Dios Único, contestó las autoridades religiosas de su tiempo, su concepción de la Ley y del culto. Mi referencia al Evangelio y a Cristo ¿es una pantalla o una realidad? ¿Lo que trato de decir es la verdad de Jesucristo? ¿Es el amor de Cristo en mí lo que me impulsa a

¹ MONSEÑOR RIOBE, *Contestation dans l'Eglise. Crise de la foi ou signe de l'Esprit?* p. 14 Orléans, Imprimerie nouvelle, 1969.

desechar el sistema, a reclamar las transformaciones, o por el contrario, a rechazar todo cuestionamiento de los usos y del orden establecido?

Hemos sido llamados a la libertad (Gal 5, 13). Bajo nuestras reivindicaciones en nombre de la libertad del cristiano, en nombre de la auténtica vida cristiana y religiosa ¿qué es lo que se disimula proveniente de la carne, es decir de los movimientos naturales del hombre pecador? No hay contestación que no sea en parte reivindicación pasional, satisfacción de la "concupiscencia carnal" (Gal 5, 16), búsqueda de un éxito personal.

Una contestación comprometida²

Como lo hemos hecho notar más arriba, uno puede hablar en nombre de su comunidad, representarla, en la medida en que participa eficazmente en su vida ¿no es también en esta medida como se adquiere el derecho de contestarla y que se puede hacerlo de manera de ser escuchado?

"La contestación no debería ser más que un acompañamiento del compromiso en la Iglesia, un momento de una solidaridad con tinua".³ No puede alcanzar su fin, más que si quien contesta está personalmente, vitalmente ligado a su comunidad; si se sabe, en su lugar, responsable de ella y si obra con esta conciencia, es decir previendo bien las consecuencias de sus actos y estando pronto a asumirlas; si busca menos su propio interés que el del otro, que el de la mayoría, evitando, en cuanto sea posible, el escándalo y la división (1 Cor 10, 24, 32-33); si su esfuerzo está orientado hacia la unidad de la Comunidad, como lo indica San Pablo a propósito de la diversidad de los carismas: *A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común* (1 Cor 12, 7). En vista de su eficacia, así como de su autenticidad evangélica, la contestación supone una inquietud permanente de diálogo y de búsqueda en común y un deseo primordial y vivido de estar en comunión con los mismos a quienes se cuestiona, aun cuando se haga un gesto de contradicción, cuando se corra el riesgo de una ruptura.

Una contestación en el amor

"Desde el momento que uno contesta se compromete a vivir lo que exige de la institución o de la autoridad, pagando así con más amor el precio de su palabra o de su gesto de denuncia"⁴. El amor a nuestros hermanos es la primera (digamos más bien, la segunda semejante a la primera) y la última palabra de toda vida cristiana.

En la medida en que nuestros criterios humanos, temores, impaciencias, se mezclen con la verdad del Evangelio, nuestra contestación será más o menos un paso en falso, haciendo tropezar a los otros y lastimando las conciencias: de nuestras intenciones reformadoras resultarán en dosis variables, estragos al mismo tiempo que mejoras; nuestros gestos proféticos aparecerán como gestos provocativos, nuestras palabras de

² Para este párrafo y los siguientes se han tomado elementos de un "dossier" establecido por el P. LIEGE. *Réponses chrétiennes aux problèmes d'aujourd'hui*, n° 23, décembre 1969, La Contestation dans L'Eglise.

³ P. LIEGE, *ibid.*, p. 32.

⁴ P. LIEGE, *ibid.*, p. 32.

advertencia dejarán heridas. La verdad debe mostrarse sin violencia; no puede imponerse más que por el amor. "El amor, enseña Pablo VI, no esconde los defectos y las necesidades que un ojo filial puede descubrir en nuestra Madre la Iglesia. Pero cuanto más los discierne, más atento está a ellos; cuanto más sufre por ellos, tanto más piensa en remediarlos. Sin embargo la mirada del amor es límpida y amante. Las críticas y las reformas son posibles y fructuosas a condición que se inspiren en un amor auténtico".⁵

Una contestación empezando por sí mismo

No se quiere aquí negar la necesidad de una renovación de la vida religiosa y de una reforma de sus estructuras —como de las de la Iglesia— o desalentar o retardar ese movimiento. Pero es preciso recordar que la verdadera contestación comienza necesariamente por la contestación de sí mismo; entonces será, no una escapatoria, sino un signo del Espíritu. "Para tener el derecho de contestar en nombre de Jesucristo, es necesario dejarnos contestar por Jesucristo y su Evangelio".⁶

Se presiente todo lo que va a exigir la contestación para ser verdadera, los interrogantes que habrá que plantearse sobre sí mismo.

Quiero cambiar los cuadros, las reglas, el modo de obrar de los otros; quiero transformar las instituciones y las personas ¿no será, acaso, para evitar cambiar yo mismo? Me las emprendo contra lo que es defectuoso alrededor mío ¿no será para evitar una mirada sobre mi propia fragilidad, sobre mi propia angustia? "El hombre que no duerme, decía el Abad Germain, da vueltas en su cama, esperando que una posición mejor le hará encontrar el dichoso sueño. El hombre que no encuentra la felicidad a que aspira, sueña con reformar algo: estructura política, social, familiar, aun religiosa. Sin duda las condiciones exteriores de la vida están lejos de ser cosas que se puedan descuidar: contribuyen a equilibrar al hombre, y su inteligencia debe ejercitarse en mejorarlas. La ilusión está en creer que así, todo quedará resuelto."

¿Mi contestación respeta las personas, su punto de vista, su libertad? ¿Sabe tomar los caminos de la participación en una construcción mejor de la comunidad? ¿Se puede violentar, quebrar la relación entre hermanos, en la búsqueda de un nuevo modo de relación?

En conciencia —y quizá con todo derecho— yo no me estimo ligado por tal observancia, tal punto de regla recordado a todos y aceptado por todos: ¿el gesto profético y liberador para mí y para los otros está en el rechazo de la observancia perimida, en la violación de la regla establecida? ¿Puedo arriesgarme a escandalizar a mi hermano, a hacerlo caer, para desembarazarme de algo que me molesta? ¿Estaré entonces en la caridad? "*Pero tened cuidado de que vuestra libertad no sirva de tropiezo a los débiles*" (1 Cor. 9) ¿Voy a estimarme dispensado, a eliminar por mi cuenta lo que me molesta, o aceptaré ligarme por consideración a los otros?

Dirigiéndose a religiosos el Papa decía: "Que cada uno comience por sí mismo la obra de reforma y de purificación de la Iglesia esforzándose por conformarse al

⁵ PABLO VI, discurso en la audiencia general del 24 de setiembre de 1969.

⁶ MONS. RIOBE, *ibid.*, p. 14.

Evangelio antes de exigir que los otros lo hagan. Dicho de otro modo: que se conteste a sí mismo antes de contestar a los otros. Así han obrado los verdaderos reformadores de la Iglesia: los santos".⁷ En efecto solo podría contestar válidamente el santo, aquel que se deja conducir por el Espíritu, aquel cuyo amor, alegría, paz, bondad, confianza en los otros y mansedumbre, muestran que pertenece a Cristo Jesús (Gal 5, 22-24). El sabrá discernir en el Espíritu, la exigencia cristiana y la palabra exacta que la expresa; la ruptura necesaria y el gesto exacto que la realiza en el amor. "*Haced bueno el árbol, decía Jesús, y su fruto será bueno*" (Mt 12, 33).

Sobrepasar la contestación

Evidentemente, la contestación no siempre es expresada en las mejores condiciones de veracidad, de humildad, de oportunidad.

Los hermanos no esperarán a ser santos para contestar. Y tal vez sea mejor así, porque sin duda habría que esperar mucho tiempo.

Se puede pensar legítimamente, que el beneficio de la contestación para una comunidad, como para la Iglesia, es tan grande que no se habría de esperar hasta estar capacitado para ejercerlo de una manera perfecta. Pero el que contesta debería consentir en un esfuerzo constante de lealtad interior y de revisión según los acontecimientos; debería manifestar claramente los motivos que lo hacen obrar y siempre considerar a los otros como interlocutores válidos, capaces de lealtad y de comprensión. Ganará apoyándose sobre otros, no para construir un grupo de presión que busca forzar las decisiones de la autoridad y la orientación de la comunidad, sino para realizar junto con otros una reflexión amplia y obligarse con ellos a una verificación de los motivos, de los fines y de los medios.

Una modificación de la mentalidad comunitaria permitirá también sobrepasar las sacudidas episódicas, esporádicas, de carácter reivindicativo que caracterizan a menudo la contestación. El clima comunitario puede ser tal que no permita a todos —aunque la cosa sea admitida en principio— expresarse libremente: la contestación será ahogada por la pereza, la cobardía, el temor de ser mal visto, de atraerse contratiempos; o bien ella tomará las formas insuficientes que hemos visto, las únicas que algunos hermanos —dado lo que ellos son y las condiciones que se les han creado— tienen el valor o la posibilidad de usar. La comunidad puede crear en su seno un verdadero espíritu de acogida y de escucha: atenta a la voz de sus miembros, proporcionando tiempos y lugares en que esta voz pueda hacerse oír, y escuchando también la interrogación proveniente de afuera. Los que están en el exterior captan aspectos que se perciben con menos facilidad cuando se está habituado desde hace mucho tiempo a una forma de vida. "Es bueno que el mundo nos estimule y nos fustigue —recordaba el Padre Congar a propósito de la Iglesia— tiene el derecho de hacernos preguntas... No le corresponde darnos respuestas"⁸. Una comunidad esperará pues de sus amigos, de sus vecinos, de sus visitantes la franqueza, pero también, sin duda,

⁷ PABLO VI, discurso al Clero y a los religiosos de Cerdeña, pronunciado el 24 de abril de 1970.

⁸ P. CONGAR, *Vraie et fausse contestation dans l'Eglise, Spiritus*, n° 38.

la discreción, porque es a ella, a sus miembros, a quienes corresponde juzgar si ella debe reformarse y de qué manera.

Podemos así imaginar entonces el movimiento de contestación evolucionando hacia un acuerdo permanente, reflexivo. Podemos imaginar una comunidad que no cesa de dirigir una mirada lúcida de crítica sobre sus estructuras, su mentalidad; que no cesa de velar por la verdad de los gestos de su vida, para evitar reemplazar un cuadro por otro, un formalismo por un nuevo formalismo; que en una búsqueda común exigente y tranquila, no cesa de verificar su fidelidad al Evangelio y su relación con el mundo para el cual debe ser signo del Reino.

*Tradujo Hna. Ma. Mercedes del Carril o.s.b.
Abadía de Santa Escolástica. Argentina.*